

8. La Salvación en el Antiguo Testamento

DE LOS COMENTARIOS QUE HEMOS HECHO EN EL ESTUDIO PRECEDENTE sobre la ley, debería resultar evidente que una persona podría ser salva en el período del Antiguo Testamento de la misma manera en que una persona puede ser salva hoy en día. Es decir, la persona que vivió antes del tiempo de Cristo habría sido salvada por la gracia mediante la fe en un redentor que había de venir, del mismo modo que en la actualidad una persona es salva por la gracia mediante la fe en el redentor que ya vino. Los hombres y las mujeres del Antiguo Testamento miraban hacia el futuro, hacia Cristo. Nosotros tiramos hacia el pasado. Fuera de esta diferencia, la base de la salvación es idéntica. Los sacrificios del Antiguo Testamento apuntaban hacia el futuro, hacia Jesús.

Sin embargo, si se le preguntara a un cristiano común (ni qué decir de una persona que no sea cristiana) cómo era que las grandes figuras del Antiguo Testamento eran salvadas, es posible que contestara equivocadamente. Por ejemplo, algunos creen que las grandes figuras del Antiguo Testamento se salvaban por ser judíos. Este punto de vista se basa en el entendimiento que las promesas de Dios a Israel fueron dadas a Israel en forma colectiva; es decir, incluyendo a todos y cada uno de los descendientes de Abraham. Encuentran la base bíblica para esta afirmación en pasajes tales como Juan 4:22, donde Jesús le dice a la mujer de Samaria que "la salvación viene de los judíos". Además, este punto de vista era compartido por la mayoría de los judíos en los tiempos del apóstol Pablo, como está evidenciado por el tratamiento que él hace de este tema en Romanos 9. También es compartido por muchos judíos contemporáneos y por un número considerable de cristianos. ¿Pero todos los judíos son salvos? O para plantearlo de una manera más estricta, ¿todos los judíos habrían sido salvos antes de la venida de Cristo? Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contradicen esta idea.

Otro punto de vista erróneo, pero quizá más extendido, es que las figuras de Antiguo Testamento fueron salvas porque fueron fieles a la ley. Por supuesto este punto de vista no explica como Adán y Eva, o Abraham y Sara, o muchos otros que vivieron antes de que la ley fuera entregada, fueron salvos, pero sí se acomoda al deseo fundamental y tan humano de lograr la propia salvación. Los hombres y las mujeres fervientemente desean ser salvos haciendo algo por si mismos. En realidad, la propia ley los está condenando.

Por último, algunos podrían decir que las figuras del Antiguo Testamento fueron salvas por cumplir con los sacramentos; es decir, por cumplir con los sacrificios y otros ritos especificados en el código levítico. Como la salvación consistía en el significado de los sacrificios, este punto de vista está más cercano a la verdad, si bien no es del todo completo: porque la salvación no provenía de los sacrificios, como tampoco proviene del bautismo ni de la Cena del Señor.

El caso de Abraham

¿Cómo eran salvadas las figuras del Antiguo Testamento? El apóstol Pablo se tuvo que enfrentar con aquellas personas que creían que los judíos eran salvos por nacimiento, cumpliendo la ley, y observando los sacrificios, o por alguna combinación de estos tres elementos. Pablo les contestó enseñándoles que la salvación es siempre por gracia, no por obras de ninguna clase; y por lo tanto la salvación en última instancia se trata de la elección soberana de Dios.

En Romanos 4, Pablo dedica un capítulo entero para mostrar cómo Abraham, el padre de la nación judía, había sido salvado por la fe, sin la ley. Pero si bien esto está mostrando el camino de Dios para la salvación, no está respondiendo a la pregunta de por qué Israel en su conjunto no estaba respondiendo al ofrecimiento de Dios en Cristo. Israel había recibido las promesas de la venida del Cristo y tenía los sacrificios, que señalaban hacia él. Israel debería haber creído. Sin embargo, cuando los primeros predicadores del evangelio presentaron su mensaje, aparentemente Israel rechazaba al Salvador, mientras que los gentiles, por el contrario, estaban creyendo en el mensaje. ¿Por qué? ¿Acaso Dios estaba abandonando a su pueblo? ¿El camino para la salvación se había modificado? Pablo contesta estas interrogantes en el capítulo 9, primero negando que los judíos fueran salvos por nacimiento. En todo lugar señala que algunos no fueron salvos mientras que otros sí lo fueron. Hablando espiritualmente dice: "porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos (o sea, hijos espirituales)" (Ro. 9:6-7). En segundo lugar, muestra que sólo la selección soberana de Dios produjo la verdadera simiente de Abraham. "...no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes" (Ro. 9:8). Por lo tanto, los judíos se salvaban en el período del Antiguo Testamento y se salvan hoy en día de la misma manera que los gentiles; es decir, por la gracia de Dios concentrada en la obra de Cristo en el Calvario.

¿Quién era Abraham antes de que Dios lo llamara? No era un judío en el sentido nacionalista posterior, si bien había de ser el primero de la nación judía. Cuando Dios llamó a Abraham, él era simplemente uno de los miembros de un gran número de semitas que habitaban el antiguo cercano oriente, la mayoría de los cuales adoraban a los ídolos. Abraham descendía de una de estas familias. Por lo tanto, fue salvo no porque tuviera algún supuesto mérito propio (como si hubiese buscado a Dios, ya que no lo hizo) sino porque Dios lo eligió para la salvación.

En varios pasajes de la Biblia se hace mención a la elección de Abraham por parte de Dios. Josué, por ejemplo, le habló a todo el pueblo, recordándoles acerca de su pasado pagano, como Dios los había liberado de ese pasado, y la obligación que ahora tenían de servirle. En una parte de su discurso, Josué se refiere a Abraham en estos términos:

Y dijo Josué a todo el pueblo: Así dice Jehová, Dios de Israel: Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán, y aumenté su descendencia, y le di Isaac. A Isaac di Jacob y Esaú. Y a Esaú di el monte de Seir, para que lo poseyese; pero Jacob y sus hijos descendieron a Egipto. Y yo envié a Moisés y a Aarón, y herí a Egipto, conforme a lo que hice en medio de él, y después os saqué... Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. (Jos. 24:2-5, 14)

Estos versículos nos muestran claramente que Abraham fue elegido por Dios de entre unos antepasados paganos, y que tanto él, como Taré y Nacor adoraban a dioses falsos.

Isaías expresa lo mismo: "Oídmme, los que seguís la justicia, los que buscáis a Jehová. Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados. Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué" (Is. 51:1-2). No hay nada en sus antepasados que podría haber recomendado a Israel. La salvación siempre es por gracia.

En otros lugares en sus escritos, Pablo niega que Abraham haya sido salvado por haber guardado la ley o haber observado los sacramentos. Nos muestra que Abraham vivió alrededor de cuatrocientos treinta años antes de que la ley fuera entregada (Gál. 3:17), y que Dios lo declaró justo mediante la fe antes de haber recibido el rito de la circuncisión (Ro. 4:9-11).

Se podría argumentar que si bien el llamado de Dios a Abraham fue por gracia ("Después de todo, Dios tenía que comenzar por algún lugar"), más adelante la salvación fue por descendencia física. Se podría concluir, entonces, que los descendientes de Abraham eran salvos. Pero esta opinión es justamente la que Pablo está argumentando en contra cuando le escribe a los Romanos, y que contesta específicamente en el capítulo noveno. Los judíos en los días de Pablo decían que ellos tenían una relación especial con Dios porque eran físicamente descendientes de Abraham, pero al pensar de esta manera estaban pasando por alto el hecho de que Abraham había tenido más que un hijo. Isaac, el hijo de la promesa de Dios, fue uno de los hijos de Abraham. Pero antes que naciera Isaac había nacido Ismael. ¿Qué pasaba entonces con Ismael? Es evidente que Dios había elegido a Isaac y no a Ismael, aunque Isaac era menor; y así estaba demostrando que la salvación es el resultado de la libre elección de Dios y que (no importa lo que pensemos sobre este asunto) resulta evidente que no otorga los mismos privilegios a todos.

Sin duda estaban quienes argumentaban que el caso de Isaac no era prueba suficiente para probar la posición de Pablo. Isaac era el hijo de Abraham y de Sara, por lo tanto ambos padres eran judíos; sin embargo, Ismael era el hijo de Abraham y Agar, la criada egipcia de Sara. Ismael era mestizo; por lo tanto, Pablo no podía probar que la salvación no se transmitía por nacimiento. Pablo les responde haciendo referencia a la siguiente generación. En esta generación, en el caso de los dos hijos de Isaac, Jacob y Esaú, Dios hizo su elección entre los hijos de la misma madre judía. Y, además, para que nadie introdujera el asunto de la edad como un factor, ambos hijos eran mellizos. Pero todavía más, para que nadie pudiera argumentar que la elección se basaba en el carácter o las opciones morales de los hijos, Dios anunció su decisión cuando los niños todavía estaban en el vientre de Rebeca; o sea, antes de que cualquiera de ellos tuviera la oportunidad de hacer o elegir nada. Pablo escribe sobre esta generación: "Y no sólo estos, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal), para que el propósito de Dios conforme

a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama, se le dijo: El mayor servirá al menor" (Ro. 9:10-13).

La clave de este argumento es que la elección de quienes habían de recibir la bendición de la salvación descansa únicamente en Dios, en aquel tiempo como en la actualidad. Dios le da vida a quien él elige.

Mirando hacia el futuro redentor

Sin embargo, al decir que los judíos del período del Antiguo Testamento eran salvos por la selectiva gracia de Dios, del mismo modo que los gentiles son salvos hoy en día, sólo estamos presentando una faceta de todo el cuadro. Si bien la elección es la causa que inicia el proceso de salvación, es únicamente eso. Todavía quedan pendientes otras interrogantes: ¿En qué se basa Dios para salvar a los infieles? ¿Cómo puede Dios perdonar el pecado? ¿Puede Dios justificar a los infieles y todavía seguir siendo justo? La importancia de estas preguntas nos conduce a la importancia que la muerte de Cristo tenía incluso para las figuras del Antiguo Testamento.

El apóstol Pablo se refiere a este punto al menos en dos oportunidades. En su primera completa afirmación del evangelio, Pablo habla de la manifestación de la justicia de Dios por medio de Cristo. Primero, la justicia es "para todos los que creen en él" (Ro. 3:22). Las palabras sugieren el ser vestidos con esa justicia, o el que esa justicia ha sido depositada en nuestra cuenta, como en un banco.

En segundo lugar, el argumento de Pablo es que la justicia de Dios se ha manifestado por la muerte de Cristo. Antes de los tiempos de Cristo, Dios había salvado a numerosas figuras del Antiguo Testamento por su elección. Pero todavía eran pecadores, entonces, parecía como si Dios estaba pasando por alto su pecado, lo que no estaba bien. Podríamos simpatizar con la decisión de Dios de perdonar, pero nuestra simpatía no hacía que estuviera bien. ¿Qué de la justicia? ¿Qué con el pecado? Estas interrogantes se dilucidan por la manifestación de la justicia de Dios por medio de Jesucristo. Es sobre la base de la muerte de Cristo que Dios había estado perdonando los pecados durante todo ese tiempo, si bien esta muerte todavía no había tenido lugar. Cuando ocurrió, el misterio quedó solucionado y se pudo apreciar que Dios era justo.

Pablo expresa esto cuando escribe sobre aquellos que habían sido "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:24-26). La causa que inicia la salvación es la gracia gratuita de Dios pero la causa formal es, y siempre ha sido, la muerte del mediador.

El segundo pasaje importante en el que Pablo escribe sobre este asunto es Gálatas 3, donde Pablo se basa en Abraham para mostrar que la salvación es por gracia por medio de la fe en el Señor Jesucristo. En este pasaje, Pablo menciona tres cosas: que Abraham fue salvo por creer en Dios (vs. 6); que lo fundamental de su creencia era que Dios había de enviar un Salvador, que era Jesucristo (vs. 16); y, que la obra de Cristo había de ser una obra de redención (vss. 13-14).

Algunos pueden decir: "¿Esto realmente quiere decir que las figuras del Antiguo Testamento estaban anticipando la futura venida de Cristo y eran salvos por la fe en él, de la misma manera que en la actualidad nosotros miramos hacia la venida de Cristo en el pasado y somos salvos cuando creemos en él como nuestro Salvador? ¿Cómo podían creer en él? Todavía no había venido. Las profecías sobre su venida eran vagas, no eran muy claras. Incluso los propios discípulos de Cristo tenían una idea errónea de su ministerio —creían que era un Mesías político (Hch. 1:6)— ¿cómo es posible esperar que la mayoría de las personas tuviera una idea correcta? ¿Cómo es posible que alguien pudiera ser salvo mediante la fe en un redentor que había de venir?

Una respuesta posible a estas preguntas es que evidentemente muchos no esperaban la venida de Cristo y por lo tanto no fueron salvos. Resulta evidente que de las muchas personas que se encontraron con Cristo cara a cara más adelante, la mayoría no fueron salvos. Un día sus enseñanzas atraían a las masas y estas lo alababan, pero al otro día estaban gritando que lo crucificaran. En los tiempos de Cristo, como en todos los períodos de la historia del Antiguo Testamento, los que fueron salvos constituyeron un remanente.

Una segunda respuesta es que evidentemente había distintos grados de comprensión. El fundamento de la fe de los que tenían alguna clase de entendimiento era que se reconocían como pecadores necesitados y se volvían a Dios en busca de salvación. Todos los que sinceramente se presentaban con un sacrificio por su pecado estaban confesando eso.

Una respuesta completa a estas preguntas, sin embargo, va más allá de cualquiera de éstas. Sobre la base de la más completa evidencia bíblica podemos decir que muchos creyeron. Y, además, que sin duda comprendían mucho más de lo que nosotros creemos que comprendían.

Hay evidencia de esto a lo largo de todas las Escrituras. Cuando Adán y Eva pecaron en el huerto de Edén, Dios se les acercó para convencerlos de su pecado y conducirlos al arrepentimiento. Cuando los cubrió con las pieles de unos animales, que sin duda él había matado, ya estaba anticipando la futura muerte de Cristo, quien había de ser muerto por el Padre para que todos los pecadores pudieran vestirse con su justicia. Dios prometió enviar un redentor, diciéndole a Satanás: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Gn. 3:15). Resulta claro que estas palabras no se referían simplemente al temor generalizado que los humanos sienten por las serpientes, como algunos teólogos modernos podrían interpretarlas, sino que se están refiriendo a la venida del Mesías que había de vencer a Satanás y destruir su poderío. Sobre esta venida es que se basaba la salvación de la maldición del pecado. Esto fue lo que entendieron Adán y Eva. Cuando nació su primer hijo, lo llamaron Cain, que significa "Aquí está" o "Adquirido", dando así testimonio de su fe (aunque equivocada) en que el prometido había venido.

Ya hemos visto el caso de Abraham con respecto a su elección para la salvación por parte de Dios y su propia fe personal en el redentor que había de venir. Pero todavía no hemos considerado el versículo que posiblemente sea el más importante sobre este tema. En Juan 8:56, Jesús dice: "Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó".

Una manera de entender este versículo, de difícil interpretación, es suponer que Jesús quería decir que Abraham en ese tiempo estaba vivo en el cielo (o en el Paraíso), regocijándose en el ministerio de Cristo. La dificultad con esta interpretación es que lo que se está discutiendo en Juan 8 no es la continuidad de la conciencia de Abraham después de la muerte sino la preexistencia de Cristo. El versículo 58 dice: "Antes que Abraham fuese, yo soy". Si Cristo hubiera querido decir que Abraham todavía estaba vivo y se gozaba en el nacimiento y el ministerio de Cristo, hubiera resultado más natural usar la forma verbal presente para estos verbos ("Abraham se goza al ver mi día; lo ve, y se goza"). Parecería más apropiado referir este versículo al entendimiento que Abraham tenía en sus días en lugar de referirlo a algo contemporáneo con el ministerio de Cristo.

Pero colocar la visión en los tiempos de Abraham no resuelve por sí el problema. Esto es lo que hacían muchos rabinos —es decir, hablaban sobre una visión del Mesías que se suponía que Abraham había tenido— aunque no estaban de acuerdo sobre cómo había tenido lugar.

La visión que Abraham tuvo del día de Cristo bien puede encontrarse en el relato del sacrificio casi consumado de Isaac en la tierra de Moriah. Aquí Abraham aprendió una nueva forma de cómo "Dios proveería". Dios vino a Abraham y le dijo que tomara a su hijo, al heredero de la promesa, y lo sacrificara en un monte a unos tres días de viaje. Debe haber sido una contienda interior terrible para Abraham mientras luchaba con el mandamiento de Dios. Sabía que tenía que obedecer a Dios, pero también sabía que Dios era un Dios de palabra que se había comprometido a crear una nación a partir de Isaac. Isaac todavía no tenía descendencia. Entonces, si Dios le estaba diciendo a Abraham que matara a Isaac, el Dios que había hecho un milagro en el nacimiento de Isaac tendría que hacer otro milagro en su muerte. Tendría que haber una resurrección.

El relato nos indica que Abraham esperaba descender del monte con Isaac luego de que el sacrificio hubiera tenido lugar (Gn. 22:5). Y el autor de la epístola a los Hebreos lo afirma explícitamente: "Por la fe Abraham cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19).

Abraham creía que Dios iba a realizar un milagro, resucitando a Isaac, el mismo milagro que Dios el Padre hizo con Jesucristo el Hijo, como lo demuestra el lenguaje especial de esos versículos de Hebreos. Pero esto no es todo. Porque cuando la prueba había finalizado y Dios había provisto un carnero para el sacrificio en lugar del niño, Abraham se alegró y llamó el nombre del lugar Jehová jireh, que significa "Jehová proveerá" (Gn. 22:14). Antes esta expresión podría haber significado "Jehová proveerá una resurrección para Isaac". Ahora solamente podía significar que el mismo Dios que había provisto un carnero como sustituto de Isaac un día proveería su propio Hijo como el perfecto sustituto y sacrificio para nuestra salvación. Así es como Abraham vio la venida de Jesús, incluyendo el significado de su muerte y resurrección, y se gozó en esa venida.

Supongamos que fuera posible preguntarle a Abraham lo siguiente: "Abraham, ¿por qué estás hoy en el cielo? ¿Fue porque dejaste tu hogar en Ur de los caldeos y te fuiste a Canaán? ¿Fue por tu fe o por tu personalidad o por tu obediencia?"

"No", habría de responder Abraham. "¿Acaso no has leído mi historia? Dios me prometió una gran herencia. Yo creí en sus promesas. Y la promesa más grande fue que por mi descendencia había de enviar un Salvador que sería de bendición a todas las naciones. Estoy en el cielo porque creí que Dios haría eso."

"¿Y qué de ti, Jacob? ¿Por qué estás en el cielo? ¿Estás en el cielo por tu fe o porque eres descendiente de Abraham?"

"No", responde Jacob. "Estoy en el cielo porque esperé un redentor. ¿Recuerdas cómo le hablé a mi hijo Judá en mi lecho de muerte? No conocía su nombre en ese entonces. Pero dije: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos" (Gn. 49:10). Estoy en el cielo porque esperé su venida."

"¿Por qué estás en el cielo, David? Debe ser por tu carácter. Tú fuiste 'un hombre según el corazón de Dios'." "¡Mi carácter!" dice David. "¿Yo? que cometí adulterio con Betsabé y luego traté de ocultarlo haciendo matar a su marido. Estoy en el cielo porque esperé al que había sido prometido como mi redentor y el redentor de mi pueblo. Sabía que Dios le había prometido un reino que no tendría fin."

"¿Qué de ti, Isaías? ¿Esperabas tú al redentor?"

"Por supuesto que sí", responde Isaías. "Hablé de él como 'el que llevó nuestras enfermedades y nuestros dolores', quien 'fue herido por nuestras rebeliones' y 'molido por nuestros pecados'. Yo sabía que Dios había de hacerle cargar con la iniquidad de todos nosotros."

Llegamos a los tiempos de Cristo y nos encontramos con la misma respuesta, sólo que ahora los que creen no provienen de las esferas altas de la sociedad, del palacio de Herodes ni del círculo de los sacerdotes. Son personas comunes. Son personas como Simeón a quien "le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor" (Le. 2:26); o como Ana, una profetisa, quien mientras Simeón estaba bendiciendo a Cristo "daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén" (Le. 2:38). Esta siempre ha sido la fe de los hijos de Dios. Al anunciar el nacimiento de Cristo, el ángel dijo: "Y llamarás su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). En todas las épocas Dios siempre ha tenido quienes esperaban en el Salvador para su salvación. En los tiempos de la antigüedad fueron Abraham, Jacob, David, Isaías, Malaquías, y muchos más, tanto hombres como mujeres. En los tiempos de Jesús fueron Elisabet, Zacarías, Juan el Bautista, José, María y muchos otros. Todavía hoy son muchos.

Hay sólo un camino para la salvación. "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo" (1 Ti. 2:5-6). En los siguientes capítulos vamos a considerar la persona y la obra de este mediador.